

## UNA TUMBA EN IŞFAHĀN. CLAUDIUS JAMES RICH (1786-1821) Y LOS ORÍGENES DE LA ARQUEOLOGÍA EN ORIENTE

Joaquín María Córdoba  
Universidad Autónoma de Madrid

### SUMMARY

*In the course of a visit to Ispahan, the fortuitous meeting with the grave of Cl. J. Rich suggest the evocation of the Resident's role in the history of mesopotamian archaeology. Works and field's activity show a natural intuition and the early practice of a veritable pioneer. His role show very clear in the way of P. E. Botta and A. H. Layard.*

Hace ya bastantes años, en el curso de una estancia en Irán, tuve ocasión de conocer la vieja capital safávida de Isfahan. Una mañana, mientras vagaba curioso entre los edificios armenios del recinto cristiano de Yulfa, descubrí con sorpresa entre las lápidas (Fig. 1) que cubren las centenarias sepulturas abiertas ante la fachada de la catedral de Todos los Santos, una cuya inscripción semiperdida me apresuré a copiar. El texto, grabado en una piedra caliza degradada y en proceso de exfoliación (Fig. 14), permitía aún leer lo que sigue:

.....ed to .....y of CLUDIUS ..AMES .ICH .....  
 .... the Bomb.....ice, many years .....Residen.....  
 who depart ..... life at Širāz on the .... Oct 182. ....rs  
 from whence ..... ..mains were removed by his affecti..... friend  
 Col. .. Macd..... Kinneir and reinterred here on the 17h July 1826

Aunque por estudios y lecturas hubiera debido recordar que su cuerpo reposaba allí<sup>1</sup>, lo cierto es que tanto el inesperado encuentro con el nombre de Claudius James Rich, como la presencia de sus restos mortales bajo una lápida que el tiempo amenazaba borrar, me provocaron al tiempo auténtico asombro y profunda impresión, suscitándome luego una primera reflexión sobre su vida y su papel en el temprano redescubrimiento de Oriente. Verdad es que en los años de formación, el nombre de Cl. J. Rich constaba de modo liminar en libros leídos con fruición, como las obras de André Parrot<sup>2</sup> o Seton Lloyd<sup>3</sup>. Pero joven entonces, más ávido de alcanzar pronto los descubrimientos llamativos, los hallazgos históricos reales, o la vida y la obra de los nombres míticos, confieso que tendía a pasar rápidamente las páginas que narraban los avatares de la presencia europea en Oriente a comienzos del XIX, y con ellos las hojas que uno y otro

<sup>1</sup> S. Lloyd.- Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration. Thames und Hudson, London 1980, 72.

<sup>2</sup> A. Parrot.- Archéologie mésopotamienne. Les étapes. Éditions Albin Michel, Paris 1946, 25-28.

<sup>3</sup> S. Lloyd.- op.cit. (1980), 12-72.

dedicaron a Cl. J. Rich. Luego, andando el tiempo, la experiencia me ha hecho comprender el verdadero valor humano de aquel inglés singular, y el profundo significado de su obra en los orígenes de la Arqueología en Oriente Próximo. Y aunque en la ya lejana mañana de Yulfa empezara a trazar las ideas primeras de lo que ahora escribo, las circunstancias me permiten recordar hoy, con oportunidad y mayor conocimiento de causa, la vida, la persona y la obra de un pionero casi olvidado, al que sin duda debemos los orígenes de nuestra ciencia. Un hombre tranquilo y enamorado del presente y del pasado de Oriente, un temprano arqueólogo llamado Claudius James Rich.

## 1. VITA BREVIS SED PULCHRA

Puede que en las angustiosas horas de la madrugada del 5 de octubre de 1821 – y si es que el último canto, aparecido en 1818 llegó a sus manos –, Claudius James Rich recordara los versos de Byron que, en su *Childe Harold*, afirmaba que “but I have lived, and have not lived in vain”<sup>4</sup>. Porque a las diez de la mañana de ese mismo día, su corta y brillante vida terminó en Siraz. Pero, ciertamente, no había vivido en vano.

La historia de Claudius James Rich (Fig. 2) no es hoy muy conocida, ni lo fue en su época, pues habiendo salido de Inglaterra en 1804, a los diecisiete años de edad, nunca volvió allí. Sus amigos o colegas, en su mayor parte espíritus desarraigados y errantes, tampoco pudieron formar la red de parentescos y amistades que permite la supervivencia de la memoria de alguien en lo que fue su entorno. Y así, salvo para algunos viajeros y arqueólogos pioneros, y desde luego para su esposa Mary Mackintosh, el recuerdo de Cl. J. Rich se quedó tan solo prendido en unos versos que su estricto y más que célebre contemporáneo – un Byron admirado –, dedicara en el canto V de su *Don Juan* a aquel caballero que había redescubierto Babilonia<sup>5</sup>.

La primera biografía de Rich se remonta a 1836, cuando la edición de su viaje al Kurdistán, promovida por su viuda, incluyera un prólogo de diecinueve páginas con el relato anónimo (?) de su vida<sup>6</sup>. Pero olvidada a poco por el peso y la fama concedida a sus seguidores, P.E. Botta y A.H. Layard, la recuperación de su memoria habría de esperar hasta que su verdadera biógrafa y descendiente, Constance M. Alexander, publicara al fin en 1928, un completo retrato basado en sus propios recuerdos familiares, en los muchos papeles conservados y en la documentación oficial<sup>7</sup>. Luego – y dejando aparte las concisas referencias determinadas por el carácter de las obras de A. Parrot<sup>8</sup> o M.T. Larsen<sup>9</sup> –, sólo S. Lloyd dedicaría un número relevante de páginas a hablar de Cl. J. Rich, su vida, su obra y sus contemporáneos en Oriente. Sobraría quizás

<sup>4</sup> Byron.- Poetical Works. Edited by Frederick Page. New edition revised by John Jump. Oxford University Press, Oxford 1989, Canto IV, CXXXVII, 245:A. Maurois.- Lord Byron. Aguilar, S.A. de Ediciones, Madrid 1988, 339.

<sup>5</sup> Byron's Poetry. Selected and edited by Frank D. McConnell. W. W. Norton & Company, New York 1978, 258. La estrofa V, LXII completa dice así: “But to resume, – should there be (what may not/ Be in these days?) some infidels, who don't./ Because they can't find out the very spot/ Of that same Babel, or because they won't/ (Though Claudius Rich, Esquire, some bricks has got, And written lately two memoirs upon't),/ Believe the Jews those unbelievers, who/ Must believed, though they believe not you:”

<sup>6</sup> Cl. James Rich.- Narrative of a Residence in Koordistan . James Duncan, London MDCCCXXXVI, xv- xxxiii.

<sup>7</sup> C.M. Alexander.- Baghdad in Bygone Days. From the Journals and Correspondence of Claudius James Rich, Traveller, Artist, Linguist, Antiquary, and British Resident at Bahdad, 1808-1821. John Murray, London 1928

<sup>8</sup> A. Parrot.- op.cit. (1946). Vid. Nota 2.

<sup>9</sup> M. T. Larsen.- The Conquest of Assyria. Excavations in an antique land 1840-1860. Routledge, London 1996, 9-10, 11-12, 21, 46, 132, 193, 264 y 318.

por ello repetir una semblanza biográfica condensada, pero no puedo resistirme a recordar los extremos más señalados de su fugaz vida, sus variadas capacidades, su amplia curiosidad y su corta pero importante obra.

El joven Claudius James Rich, nacido en 1786 en Francia y probablemente de madre francesa – como viene a sugerir C.M. Alexander<sup>10</sup> –, recibió el apellido Rich de su abuela paterna. Su padre, el coronel James Cockburn, separado del servicio en 1783 y muerto en Bristol en 1809, parece haber dejado el cuidado del hijo ilegítimo en manos de otros parientes, como su hermana Mary u otros miembros de la rama de los Rich<sup>11</sup>. De su madre quizás heredara su natural vivacidad, el encanto amable de su trato, su polifacética curiosidad y acaso su despierta inteligencia, pues los pocos datos disponibles del padre – de quien Claudius hablaría siempre, por cierto, con cariño – revelan una imagen sombría, la de quien justa o injustamente quizás, vió tronchada su carrera militar y su vida.

Desde muy pronto, Claudius James manifestó una singular capacidad para el aprendizaje de las lenguas: griego y latín en la escuela, pero por sí mismo y sin maestro otros idiomas modernos, apoyándose en libros y gramáticas<sup>12</sup>. A los nueve o diez años despertó su curiosidad por la escritura y el mundo de Oriente, al descubrir en la biblioteca de su pariente Charles Fox, estudioso del árabe y del persa, diferentes manuscritos orientales<sup>13</sup>. La inteligencia natural del niño animó a Ch. Fox a tomarle bajo su tutela intelectual, orientándole en nuevos estudios que, poco a poco, le permitirían adentrarse en el árabe, el persa y el turco<sup>14</sup>. La fortuna quizás empezaba ya a señalar un rumbo: el puerto de Bristol era entonces, como el de Falmouth, la puerta de Inglaterra hacia Oriente<sup>15</sup>, y en sus muelles se veían viajeros, mercancías y buques con fletes extraños y tripulantes magníficos. Por lo demás, el niño se formó en Bristol con maestros privados y colegios, aunque los detalles de su vida escolar son confusos. En todo caso, a lo largo de su vida revelaría un asombroso conocimiento de los clásicos, las matemáticas y la literatura y la historia de los países cuyas lenguas hablaba<sup>16</sup>. Uno de sus maestros fue el Dr. Marshan, con quien parece haberse iniciado en hebreo, siríaco y chino, y que acaso supo sembrar en él la curiosidad y el cariño por las comunidades cristianas de Oriente. A través de Marshan conocería al reverendo Robert Hall, su posterior introductor ante Sir James Mackintosh, tan relevante en su vida.

A los diecisiete años buscó fortuna en la East India Company. El ejército de la Compañía de Indias era un destino posible para muchos jóvenes ingleses amigos de las lenguas orientales y la aventura – como lo sería también para otro británico especial, Richard Francis Burton, con quien Rich comparte tantos rasgos biográficos –; pero en Londres, el bibliotecario de la Compañía, Charles Wilkins, admirado de sus conocimientos decidió reorientar su camino por la rama civil<sup>17</sup>. Como de momento no había plaza libre en Bombay – y aunque ya había sido recomendado a Sir James Mackintosh –, Rich fue adscrito a la secretaría de Charles Lock, Cónsul General británico en Cairo y Agente General de la Compañía en Egipto. Y el 8 de febrero se embarcó en Portsmout para un viaje inesperadamente largo, porque las vicisitudes de la navegación y la guerra le obligaron a recalar tres meses en Italia, donde como más tarde le ocurriera a Byron, Rich encontraría una parte esencial de su espíritu. Según

<sup>10</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 2.

<sup>11</sup> C. M. Alexander.- op.cit. (1928), 4-5.

<sup>12</sup> C. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), xvi; C. M. Alexander.- op. cit., 5.

<sup>13</sup> S. Lloyd.- op. cit. (1980), 12.

<sup>14</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 5.

<sup>15</sup> S. Lloyd.- op. cit. (1980), 12.

<sup>16</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 6.

<sup>17</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 8-9.

Constance M. Alexander, estudió entonces la que sería su lengua favorita, además de la historia y la literatura de Italia. Y descubrió la música, que en Nápoles estudió con ahínco, escuchó y practicó, hasta demostrarse hábil en flauta y guitarra<sup>18</sup>. Luego, en verano de 1804 pasó a Malta junto con el cónsul Lock, que a consecuencia de fiebres contraídas en Anatolia murió el 11 de septiembre. En tal situación, libre Claudius de esperar en Malta al nuevo Cónsul General o ir a Constantinopla, resolvió viajar a la capital turca, aunque la dejaría pronto para sumergirse durante quince meses en los territorios asiáticos del imperio, residiendo en Esmirna, Antioquía, Alepo y otros sitios, aprendiendo a fondo la lengua, las costumbres, la etiqueta e incluso las distracciones habituales de los jóvenes turcos<sup>19</sup>. En la primavera de 1806, incorporado a la secretaría del nuevo Cónsul General en El Cairo, aprovechó el servicio para perfeccionar su árabe y hacerse un consumado jinete, gracias a sus amigos mamelucos. Pero a finales de aquel año, la Compañía de Indias le ordenó presentarse en Bombay. Palestina, Damasco, Alepo, Diyarbekir, Mardin, Mosul, Bagdad y Basra fueron las principales etapas del largo viaje, que tras continuar navegación por el Golfo Pérsico y el Océano Indico, recalaría en Bombay en septiembre de 1807.

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, Bombay era la cabeza de la administración británica en la India y las dependencias del naciente imperio en Arabia e Irán. Afablemente acogido por la familia de Sir John Mackintosh, Claudius encontró en la hija mayor de aquél, Mary (Fig. 3), a la que había de ser su amada y la discreta depositaria de su recuerdo: “Believe me to be, with the sincerest affection, yours jusqu’au tombeau, Orlando Furioso”, le escribiría entonces<sup>20</sup>. Cuatro días antes de la boda, celebrada el 22 de enero de 1808, Rich recibió su nombramiento como Residente de la Compañía en Bagdad. A poco, dos jóvenes de veintiuno y dieciocho años dejaban atrás Bombay. Entre el 23 de marzo de 1808 – cuando el barco que los llevaba ancló en Basra –, y el 5 de octubre de 1821 – fecha de la muerte de Claudius –, Mary y su marido compartirían trece años de vida y hallazgos.

Aunque Bagdad no hubiera sufrido aún la desoladora inundación de 1830<sup>21</sup>, la pequeña ciudad renacida del desastre mongol y la ruina del califato estaba bien lejos de la historia y la leyenda. Hasta 1813, en aquella pequeña capital de casas de adobe, calles estrechas y temperaturas asfixiantes, los Rich pasarían la primera etapa de su vida en Iraq. El joven residente debía afirmar la presencia de su país, cuyos intereses en Turquía, Iraq e Irán pugnaban con los de Rusia y Francia, país que gozaba entonces de un prestigio omnímodo. Iraq, en manos de una casi dinastía de pachás mamelucos de origen georgiano, parecía seguir la misma senda que Mehmet Alí iniciara en 1807 en Egipto<sup>22</sup>. Tal vez por eso, las relaciones con el palacio del pachá (Figs. 4 y 5) fueron difíciles en principio, en parte también debido a la escasa calidad política de Suleimán. Pero con todo y con ello, una vez instalados en su primera residencia – que Mary describió con detalle en sus cartas<sup>23</sup> –, Cl. J. Rich fue ganando prestigio e influencia, gracias a su carácter y a la fluidez con la que hablaba el turco y el árabe, lo que le permitía entrar en la intimidad de las conversaciones y sus matices. En 1809, apenas cumplidos los veintitrés años, su informe sobre la situación política de Turquía revelaba tal dominio de la situación, que dejó perplejos a los dirigentes de la Compañía<sup>24</sup>. A

<sup>18</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 12-13.

<sup>19</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 14-15.

<sup>20</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 21.

<sup>21</sup> S. Lloyd.- op. cit. (1980), 34.

<sup>22</sup> J. Sellier y A. Sellier.- Atlas de los pueblos de Oriente. Acento Editorial, Madrid, 1993, 54-55.

<sup>23</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 33-34; S. Lloyd.- op. cit. (1980), 34.

<sup>24</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 41-45.

partir de 1810, la amistad que había de unirle con el nuevo pachá georgiano, Abdullah, y con su sucesor, Sa'id, reforzó su ascendente estrella. Pero sus obligaciones para con la Compañía, el gobierno británico o el protocolo del palacio no agotaban las horas y los días: la música, el dibujo, la pintura y la lectura fueron aficiones compartidas con Mary, lo mismo que las antigüedades. Poco después de su llegada a Bagdad, Rich comenzó a coleccionar monedas y manuscritos, a los que luego sumaría los objetos hallados en Babilonia, Nínive y otros yacimientos<sup>25</sup>. Desde Bombay se recibían periódicamente, junto con la información oficial y la correspondencia, trajes, vestidos, útiles, partituras y libros que les distraían, y que a Rich le fueron despertando la curiosidad por el antiguo país y sus ruinas. La visita de su cuñada, Kitty Mackintosh, sería la feliz excusa de llevar a cabo su primera visita a Babilonia, en diciembre de 1811. Luego vendrían otras escapadas para conocer Ctesifonte o Seleucia, sitios que fueron ampliando su curiosidad y sus horizontes. A pesar de su mala salud, y a que lejos de irse aclimatando se resentía cada vez más por el calor de Bagdad, comenzó a tomar notas para una historia de la región que no llegaría a culminar, empezó a preparar su memoria de Babilonia, y publicó un primer informe en una revista vienesa<sup>26</sup>. Sin embargo, ante su decaimiento físico y tras muchos avatares, la Compañía le concedió un permiso para recuperarse: y el 15 de octubre de 1813 los Rich abandonaban Bagdad camino de Europa (Fig. 9). Hasta su vuelta, casi dos años después, Claudius y su esposa residieron en Viena y París, coincidiendo con el famoso Congreso de la capital austríaca y el Imperio de los Cien Días en Francia. Al fin, en otoño de 1815 emprendieron regreso. A la vuelta visitó Claudius el monasterio armenio de la isla de San Lázaro<sup>27</sup> en Venecia, interesado por sus ricos manuscritos. Un año después, en diciembre de 1816, Byron pasaría sus horas en el mismo sitio, estudiando la lengua y planeando la publicación de una gramática<sup>28</sup>. Continuando la marcha, en Trieste se reunió Rich con Karl Bellino, un orientalista alemán que había conocido en Viena, que en calidad de secretario marcharía con él a Oriente, donde había de morir, no sin antes unir su nombre al de los pioneros de nuestra ciencia<sup>29</sup>.

Tras el largo trayecto seguido por la Turquía europea y asiática, en mayo de 1816 alcanzaban Bagdad. Desde entonces y hasta su definitiva partida, Rich continuaría desarrollando su labor diplomática, avanzando además en sus estudios, traducciones y exploraciones. En 1817, en compañía de su secretario K. Bellino visitó de nuevo Babilonia, y un año después aparecieron en Londres sus dos memorias sobre la ciudad. En rigor, ambos volúmenes constituyen los primeros informes arqueológicos de la historia de la investigación en Oriente<sup>30</sup>. A esta segunda época se remontan las visitas de James Silk Buckingham y Robert Ker Porter – que dejaron en sus libros testimonio de la hospitalidad de los Rich<sup>31</sup> –, y su célebre viaje al Kurdistán. En abril de 1820, huyendo en parte de las fiebres que la temporada estival de Bagdad le hacía sufrir,

<sup>25</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 81.

<sup>26</sup> G. Wilhelm.- "1898-1917: Babylon. Sadt des Marduk und Zentrum des Kosmos", en G. Wilhelm (ed.).- Zwischen Tigris und Nil. 100 Jahre Ausgrabungen der Deutschen Orient-Gesellschaft in Vorderasien und Ägypten. Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein 1998, 15-28. Vid. 22.

<sup>27</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 198.

<sup>28</sup> Lord Byron.- Débil es la carne Correspondencia veneciana (1816-1819). Selección de Jaime Gil de Biedma. Edición, traducción y prólogo de Eduardo Mendoza, Tusquets Editores, S. A., Barcelona 1999, 66.

<sup>29</sup> R. D. Barnett.- "Charles Bellino and the Beginnings of Assyriology", Iraq 36 (1974), 5-28.

<sup>30</sup> Cl. J. Rich.- Memoir on the Ruins of Babylon. Longman, London 1818: Second Memoir on Babylon. Longman, London 1818.

<sup>31</sup> J. S. Buckingham.- Travels in Assyria, Media and Persia. Henry Colburn, London 1829: R. Ker Porter.- Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylonia, etc. during the years 1817, 1818 and 1820. London 1821.

Claudius James, Mary, Bellino, el Dr. Morando y el secretario persa, Sa'id Aga, se pusieron en camino (Fig. 9). Fruto de aquella excursión sería uno de sus más conocidos libros, su *Narrative of a Residence in Koordistan*, donde aparecería una buena y temprana descripción del pueblo kurdo y sus costumbres, y se describirían las ruinas de Nínive y otros sitios por primera vez. Sin embargo, Rich no vería su libro publicado, y su secretario Karl Bellino, atacado por las fiebres, moriría en Mosul.

Reincorporado a su puesto en febrero de 1821, la delegación británica en Iraq iba a chocar con el nuevo pachá, Da'ud. Los asuntos se complicaron tanto que a punto estuvo de producirse un enfrentamiento armado. Pero la firmeza de Rich, la amistad de varios jefes turcos y la población árabe, sumada a la sinrazón de la conducta de Da'ud, solventarían la situación<sup>32</sup>. Tras la intervención de Lord Stragford, Embajador británico en Constantinopla, obtenida la satisfacción debida y con la Residencia en orden, Claudius James aprovechó la supuesta posibilidad de ejercer un nuevo cargo en Surat y abandonó Bagdad. Enfermos él y su esposa, resolvió quedarse en Busir a la espera de órdenes precisas de la Compañía, dejando que Mary le precediera en su marcha a Bombay. Nunca más se volverían a ver. Días después, agobiado por el calor y la inútil espera, Cl. J. Rich y otros dos compañeros, el Dr. Tod y el Sr. Sturme y , marcharon a Širāz con la intención de conocer Persépolis<sup>33</sup>. Pero la mala fortuna quiso que la epidemia de cólera declarada en Širāz marcara su fin. Su temprano biógrafo anónimo dice que, ante la huída de las autoridades, él, sus amigos y otros británicos se quedaron a organizar la asistencia y la ayuda a los enfermos<sup>34</sup>, hasta que en el anochecer del día 4 de octubre se sintió mal. Muerto a la mañana siguiente, sus compañeros le enterraron en los jardines de Yehan Numa<sup>35</sup>. Seis años después, el coronel J. Macdonald Kinneir recogió sus restos y los sepultó en el recinto de la catedral armenia de Işfahān<sup>36</sup> (Figs. 12 y 15). De este modo, el joven Rich siguió un destino semejante al de muchos otros ingleses y europeos de entonces, que a la busca del sueño de Oriente acabaron hallando el reposo eterno en los cementerios de Irán<sup>37</sup>. Pero en todo caso, la vida de Cladius James Rich fue breve aunque hermosa, y como reclamaba el verso de Byron, desde luego no había sido en vano.

## 2. EL NACIMIENTO DE LA ARQUEOLOGÍA: ÉPOCA, MEDIOS Y LEGADO DE CLAUDIUS JAMES RICH

Desde el nacimiento del género, la literatura de viajes a Oriente muestra evidencias notorias de la curiosidad que a aquellos espíritus inquietos, peregrinos devotos, comerciantes, diplomáticos o simples aventureros producían las desoladas ruinas de sitios innominados, lugares emblemáticos o monumentos grandiosos. Es cierto que las referencias de Benjamín de Tudela a las ruinas de Babilonia nos permiten

<sup>32</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 295-300.

<sup>33</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 303.

<sup>34</sup> Anónimo.- "Brief Notice of the Life of Mr. Rich", en Cl. J. Rich, op. cit (MDCCCXXXVI), xv-xxxiii. Vid. xxx.

<sup>35</sup> M. Alexander.- op. cit. (1928), 322. Igualmente, en el Vol. II de la edición del Viaje al Kurdistán – op. cit. (MDCCCXXXVI), 237-242 – se incluye una carta de James Baille Fraser, también testigo de la muerte de Rich, con detalles sobre sus últimos momentos, los problemas habidos para su entierro y el funeral llevado a cabo.

<sup>36</sup> J. Carswell.- New Julfa. The Armenian Churches and other Buildings. Clarendon Press, Oxford 1968, 30.

<sup>37</sup> D. Wright.- "Burials and Memorials of the British in Persia", Iran, XXXVI (1998), 165-173. Vid. 166.

identificar la colina del Kasr, y que su descripción de una “torre” visitada más allá de Hilla responde aún hoy, y de forma sorprendente, a la vista y estado de la zigurat de Borsippa<sup>38</sup>. Y también es cierto que las láminas que Cornelis de Bruijn publicara a comienzos del siglo XVIII, como ilustración de su *Reizen over Moskovie, door Persie en Indie* (Amsterdam, 1711), incluyen las primeras imágenes realistas de las ruinas de Persépolis<sup>39</sup>. Y tampoco ha de cuestionarse, desde luego, que el plano que Carsten Niebuhr hiciera de Mosul y sus alrededores, en el que se incluyen la colina de “Kalla Nunia” (Qalat Ninua) y “Nunia” (Nabi Yunus), es por su descripción e imagen, una primera representación de la vieja capital asiria<sup>40</sup>. Pero, igualmente es verdad, que ni las actividades ni los libros o dibujos de Benjamín de Tudela, Cornelis de Bruijn o Carsten Niebuhr, entre otros muchos, podrían citarse como primeros peldaños en la formulación de una Arqueología de Oriente. Entre el Medievo y el siglo XIX hubo una legión de viajes, libros y personas que trajeron a Occidente relatos, descripciones, grabados y objetos de las antiguas y olvidadas culturas de Oriente. Sus libros son una mina de información útil para el investigador, además de lectura – la mayoría de las veces – amena y curiosa. Pero no está en ellos, en mi opinión, la raíz primera de la ciencia arqueológica.

En 1782 llegaba a Bagdad una misión diplomática francesa, encabezada por el cónsul y agente de la Compañía de Indias gala, Jean-François Rousseau. Entre sus acompañantes iba un botánico y naturalista, llamado A. Michaux, que a su vuelta a Francia en 1786 llevaría “el primer monumento epigráfico babilónico de importancia”<sup>41</sup>, un *kudurru* postcasita llamado luego la “piedra Michaux”<sup>42</sup>. El hecho no tendría mayor interés que su prelación en la historia de las colecciones francesas, si no fuera por haber nacido en el curioso ambiente de la pequeña comunidad francesa del Bagdad de entonces, en el que coincidieron personas tan sorprendentes como el citado cónsul J.-F. Rousseau, el abate Pierre Joseph Beauchamp y el naturalista y viajero Guillaume-Antoine Olivier. Jean François Rousseau (1738-1808) era un enamorado orientalista y anticuario, cuyo nombre está unido a la historia de la investigación en Babilonia. En 1787 dirigió a su Ministerio de Asuntos Exteriores, un informe en el que daba cuenta del hallazgo a cargo de un cirujano francés, llamado Outrey, de unas grandes ruinas situadas cerca de Hilla, en las que se documentaban ladrillos con inscripciones de caracteres semejantes a los de Persépolis<sup>43</sup>. J. F. Rousseau debió compartir más de una impresión con su vicescónsul y vicario general del obispado de Babilonia – entre 1782 y 1789 –, el abate Pierre-Joseph Beauchamp (1752-1801)<sup>44</sup>. Astrónomo y científico de

<sup>38</sup> Benjamín de Tudela.- Libro de viajes de Benjamín de Tudela. Edición de José Ramón Magdalena Nom de Déu. Riopiedras Ediciones, Barcelona 1989, 96-97.

<sup>39</sup> C. De Bruijn.- *Reizen over Moskovie, door Persie en Indie*. Amsterdam 1711. Sobre Cornelis de Bruijn, su vida, viajes y obras véase J. W. Drijvers.- “Cornelis de Bruijn ans Gijsbert Cuper. A skilled artist and a learned discussion”, en H. Sancisi-Weerdenburg & J. W. Drijvers.- *Through Travellers’ Eyes. European Travellers on the Iranian Monuments. Achaemenid History, VII*. Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, Leiden 1991, 89-107.

<sup>40</sup> C. Niebuhr.- *Reisebeschreibung nach Arabien und den umliegenden Ländern*. Copenhagen 1774-1778. Vol. II, 360, 392. También en M. T. Larsen.- op. cit., 7-9; figs. 1.2.

<sup>41</sup> A. Parrot.- op. cit. (1946), 17.

<sup>42</sup> B. André-Leicknam, Ch. Ziegler (ed.).- *Naissance de l’écriture*. Éditions de la Réunion des Musées Nationaux, Paris 1982, 362.

<sup>43</sup> M. Paul Bernard.- “*Le voyage dans l’empire othoman, l’Égypte et la Perse* de Guillaume-Antoine Olivier, naturaliste et envoyé de la République”. *Comptes Rendus de l’Académie des Inscriptions* 1997, fascicule IV, 1157-1244. Vid. 1188. Según indica la nota 75, véase también H. Déhérein.- “Jean-François Rousseau, agent de la Compagnie des Indes, consul et orientaliste (1738-1808)”, en H. Déhérein.- *Silvestre de Sacy (1758-1838). Ses contemporains et ses disciples*, Paris 1938, 25-40.

<sup>44</sup> M. P. Bernard.- op. cit. (1997), 1229, nota 177.

amplios intereses, P.-J. Beauchamp resultó además excelente cartógrafo, y en el curso de sus visitas a las ruinas próximas a Bagdad, como Ctesifonte o Babilonia, se ocupó de precisar sus coordenadas geográficas. En 1790 publicó una descripción de ambos yacimientos, reputada de excelente<sup>45</sup>, fruto de los estudios realizados in situ, en el curso de los cuales parece que abrió un sondeo en el sitio en el que más tarde había de encontrarse la Puerta de Ištar. Años después, en abril y mayo de 1796, los naturalistas Guillaume-Antoine Olivier (1756-1814) y Jean-Guillaume Bruguière pasaron por Bagdad camino de Irán. El primero de ellos publicaría, entre 1801 y 1807, los cuatro volúmenes de su *Voyage dans l'Empire othoman, l'Égypte et la Perse*, en los que a despecho de una “vaga descripción de Babilonia”, incluiría una excelente de la zigurat de Aqar Quf, así como atinadas observaciones sobre el arco de Ctesifonte<sup>46</sup>. En su obra también se recogen curiosos dibujos de relieves aqueménidas y de la decoración de varios sellos cilíndricos mesopotámicos.

La persona y actividades de J.-F. Rosseau, los estudios y publicaciones del abate P.-J. Beauchamp y el viaje y el libro de G.-A. Olivier sí pueden situarse, creo yo, en los orígenes tempranos de la Arqueología de Oriente. Pero son tan solo iniciales tanteos. Porque el paso decisivo lo habría de dar Claudius James Rich. Ya hace tiempo, André Parrot llamó la atención sobre la importancia de la obra, los estudios y el método del joven inglés<sup>47</sup>, pero en general se ha tendido a ignorar el significado de su obra. Estudios posteriores más específicos en el tema y cercanos en el tiempo<sup>48</sup>, consideran innecesario destacar – si es que lo aceptan –, el supuesto valor de Cl. J. Rich. Para muchos estudiosos y para una gran parte de las personas interesadas, la Arqueología de Oriente empieza sólo con P. E. Botta y A. H. Layard, y en un sentido estricto es así: ellos excavaron grandes superficies, descubrieron el rostro de Asiria, publicaron las primeras memorias de excavación y tuvieron que abordar el problema del método<sup>49</sup>. Pero también es verdad que toda excavación empieza con el estudio de las fuentes, el levantamiento topográfico, la prospección de superficie y la apertura de sondeos de prueba, y lo cierto es que todo eso lo vino a iniciar Claudius James Rich. Su papel se empieza ya hoy a reconocer. M. Liverani señala el decisivo estímulo de Rich en el redescubrimiento de Asiria, así como su primacía en la “excavación” de Babilonia<sup>50</sup>; y B. André-Salvini el mérito de haber dado el paso fundamental<sup>51</sup>. Pues de eso se trata: que Claudius James Rich personifica el paso fundamental desde la curiosidad anticuaria a la práctica naciente de una ciencia.

<sup>45</sup> J. de Beauchamp.- “Mémoire sur les Antiquités babyloniennes qui se trouvent aux environs de Bagdad”. *Journal des savants*, déc. 1790, 799-806. El trabajo se publicó también en inglés en la *European Magazine*, XXI (1792), 338-342.

<sup>46</sup> M. P. Bernard.- op. cit. (1997), 1118-1119.

<sup>47</sup> A. Parrot.- *Zigurrats et tour de Babel*. Éditions Albin Michel, Paris 1949, 14.

<sup>48</sup> H. W. F. Saggs, en su edición de *Nineveh and its Remains*, de A. H. Layard, señala a éste como el pionero de la arqueología británica, apuntando que los trabajos de Cl. J. Rich son tan limitados que no pueden clasificarse junto a los del descubridor de Kalhu. Así, A. H. Layard.- *Nineveh and its Remains*, edited by H. W. F. Saggs, Routledge & Kegan Paul, London 1970, 1 y nota 3: lo mismo parece desprenderse del discurso de M. T. Larsen.- op. cit., 9.

<sup>49</sup> J. M. Córdoba.- “Los pioneros de la Arqueología en Oriente. Problemas y método en el redescubrimiento de asirios, babilonios y sumerios”, en J. M. Córdoba, R. Jiménez Zamudio y C. Sevilla Cueva (eds.).- *El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto*, Madrid 2001 (en prensa).

<sup>50</sup> M. Liverani.- “<Voyage en Orient>, the origins of archaeological surveying in the Near East”. En M. Liverani (ed.).- *The East and the Meaning of History*, Rome 1994, 1-16. Vid. 6.

<sup>51</sup> B. André-Salvini.- “<Où sont-ils ces remparts de Ninive?> Les sources de connaissance de l’Assyrie avant les fouilles”, en E. Fontan (dir.).- *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*. Réunion des Musées Nationaux, Paris 1994, 22-43. Vid. 41.



## 2. 1. LAS BASES Y EL MÉTODO DE CL. J. RICH

Hasta Cl. J. Rich, los viajeros europeos visitaban con interés indudable los lugares míticos, por lo común asociados con la Biblia, y a los que sus guías solían llevarles haciéndoles partícipes de leyendas y tradiciones locales. Así, por ejemplo, cuando Carsten Nieubuhr visitara Birs Nimrud, su guía le habló de un rey que había construido allí: pero el danés, recordando a Heródoto, supondría hallarse en el templo de Belo, confiando a sus sucesores mejores estudios y descripción del sitio<sup>52</sup>. Tiempo atrás, mientras visitaba las pirámides de Egipto, C. Niebuhr había medido cuidadoso el tamaño de la mayor, y reflexionando sobre la magitud de la piedra usada y su origen, llegaría a proponer una hipótesis racional<sup>53</sup>. Pero si consideramos con atención ambos momentos, por fuerza veremos que la conducta de C. Niebuhr y el espíritu de su relato responden al perfil esperado de un viajero ilustrado, que busca respuestas lógicas. Por eso también resulta metódico, buen observador, y sus planos aproximativos y comentarios concisos sobre las colinas al este de Mosul, o sus copias de las inscripciones de Persépolis marcarían un hito en la historia del redescubrimiento de Oriente. Pero si de sus comentarios y dibujos se desprende a veces algún destello de intuición arqueológica, su obra y sus intenciones responden fielmente a la imagen del viajero deseoso de descubrir y comprender todo, pero no a la de un primitivo arqueólogo o sincero amante de la antigüedad. Muy distinto será el caso de Cl. J. Rich.

La lectura atenta de los informes y libros de Cl. J. Rich, o la biografía escrita por su lejana descendiente, Constance M. Alexander, nos permiten ver que él, de una forma intuitiva, además de emprender y describir viajes por Oriente y coleccionar antigüedades, al reconocer los sitios acabó por desarrollar un cierto método de trabajo, repitiendo unos pasos que, sin demasiado esfuerzo, nosotros podríamos reconocer en las sugerencias metodológicas que cualquier manual de arqueología propondría para una prospección. La conducta de Cl. J. Rich, que no podía basarse en precedente alguno, respondía pues a su propia intuición, una verdadera intuición de arqueólogo manifestada en su capacidad de asociación de cerámicas halladas en yacimientos distintos o de interpretación de muros que parecían relativamente recientes. Y esa intuición natural se unía a unas bases teóricas cimentadas en sólidos conocimientos de idiomas orientales vivos y lenguas en desuso, amplias lecturas de clásicos y literatura de viajes, conversaciones fiables con la población local e intercambio de ideas y lecturas con los sabios de su tiempo, como Joseph von Hammer-Purgstall, Silvestre de Sacy o Georg Friedrich Grotefend. En fin, creo que los resultados de Cl. J. Rich y su prelación en la aventura arqueológica mesopotámica se deben a la calidad de sus herramientas básicas y a su método de trabajo.

**Las herramientas.** Cl. J. Rich poseía una particularísima aptitud natural para las lenguas. Su temprano aprendizaje del latín y griego<sup>54</sup>, su posterior dominio del árabe – cuyos diferentes dialectos llegaría incluso a dominar<sup>55</sup> –, el turco, el siríaco, el persa y el hebreo, facilitaría primero su acceso a la Compañía de Indias – como se desprende de la carta de recomendación dirigida a Sir James Mackintosh por Robert Hall<sup>56</sup> –, y luego sería fundamental para su trabajo, sus aficiones y su vida en Oriente. Pero Cl. J. Rich no fue un políglota sin más, sino también un estudioso. A su dominio del francés y el

<sup>52</sup> C Nieubuhr.- Voyage en Arabie et d'autres pays de l'Orient. En Suisse, 1780. Vol. II, 234-236.

<sup>53</sup> C. Niebuhr.- op. cit. (1780). Vol. I., 160-161.

<sup>54</sup> Anónimo.- "Brief Notice of the Life of Mr. Rich". En Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), xv.

<sup>55</sup> Anónimo.- op. cit., (MDCCCXXXVI), xxi.

<sup>56</sup> Anónimo.- op. cit., (MDCCCXXXVI), xviii.

italiano – que hablaba como un nativo, al decir de Sir James Mackintosh<sup>57</sup> – y de la historia y literatura de sus países, unía su conocimiento de la literatura, la historia y la cultura árabe y turca – “los turcos y los árabes admiraron en él a un hombre de erudición en su literatura”<sup>58</sup> –, o de las costumbres e historia de las antiguas comunidades cristianas de Oriente, que su familiaridad con el siríaco, así como el paulatino dominio del caldeo y el armenio le harían posible. Incluso el kurdo mereció su atención, siendo capaz de establecer un vocabulario con separación de dialectos<sup>59</sup>. Sus bases lingüísticas le abrían pues el campo de los estudios eruditos, pues podía comprender casi cualquier manuscrito y las monedas de más variada procedencia. Así, capaz como era de leer las fuentes clásicas y orientales en sus lenguas originales, compiló copiosas notas tomadas directamente de historiadores griegos, romanos, hebreos y árabes, para una obra que iba a llamarse *The History of Western Asia*<sup>60</sup>, obra que lamentablemente nunca llegaría a culminar.

A sus amplias capacidades lingüísticas se había de sumar su innato deseo de saber – que tanto impresionara a Sir James Mackintosh<sup>61</sup> –, satisfecho en las muchas lecturas hechas durante su larga estancia en Bagdad, no sólo de las obras clásicas grecolatinas y árabes, sino también de estudios que le eran contemporáneos, así como las más variadas obras de la literatura de viajes. Constance M. Alexander cuenta del arribo a Bagdad de cajones con libros procedentes de Viena – sobre historia e investigaciones diversas en Oriente<sup>62</sup> – o París. En cierta ocasión, desde la capital francesa recibió trescientos libros de temas muy diversos, aunque en su mayoría relacionados con la historia de Oriente, los viajes y las lenguas. Recuerda su biógrafa *Lettres sur l'inscription de Rosette*, de Silvestre de Sacy y *Tableau Historique de l'Orient*, de Ohlsen<sup>63</sup>.

A tan variadas lecturas había de sumarse, puesto que podía hablar con total fluidez el turco y el árabe, las conversaciones con las gentes de Bagdad y los sitios que visitaba, ya fueran funcionarios, estudiosos, oficiales, comerciantes, artesanos, campesinos o nómadas, pues los modismos, dialectos y particulares costumbres no le suponían problema alguno. Entre unos y otros hubo de coger sin duda abundante carga de leyendas, historias, tradiciones, explicaciones a la toponimia y muchas otras referencias útiles e interesantes que, como cualquier arqueólogo de campo sabe, acostumbran a encerrar informaciones de gran valor. Y que Claudius James Rich supo aprovecharlas lo revelan sus obras aquí y allá. Como también que sacó provecho, desde luego, del contacto mantenido con los sabios de su tiempo, ya fuera postal o personalmente, como los citados J. von Hammer-Purgstall, G. F. Grotefend y S. de Sacy. Sus cortas y únicas estancias en Viena y París le permitirían departir directamente con algunos de ellos, y conocer entre otros a Alexander von Humboldt y Georges Cuvier<sup>64</sup>. Con toda certeza, conocimientos, lecturas, estudio e intercambio de ideas hicieron madurar en Cl. J. Rich el paso de la curiosidad diletante al empeño científico.

Como suele decirse, el joven residente dominaba las herramientas necesarias para ponerse a investigar. Henrietta McCall dice que era “profundamente erudito y bien

<sup>57</sup> Anónimo.- op. cit., (MDCCCXXXVI), xxiii.

<sup>58</sup> Anónimo.- op. cit., (MDCCCXXXVI), xxxi.

<sup>59</sup> Cl. J. Rich.- op. cit., (MDCCCXXXVI), vol. II, 394-398.

<sup>60</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 82.

<sup>61</sup> Anónimo.- op. cit., (MDCCCXXXVI), xxiv.

<sup>62</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 87.

<sup>63</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 115.

<sup>64</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 185.

versado en los clásicos, los informes contemporáneos y el área en sí<sup>65</sup>. Con tales herramientas de trabajo y esa voluntad de análisis intelectual, las exploraciones de Cl. J. Rich y los frutos de ellas nacidos superaron con mucho la curiosidad y resultados de los anticuarios, al estilo de A. Michaux, pues el Residente británico se rigió por unas pautas de conducta que vienen a ser expresión sencilla de una metodología temprana e intuitiva, que por responder a tal época resulta tanto más sorprendente. Así hay que reconocerlo si consideramos los orígenes de la arqueología de campo y la topografía de yacimientos – y tal se desprende en consideraciones modernas<sup>66</sup> –, y porque así resulta de la lectura de sus obras.

**El método.** Es obvio que cuando Cl. J. Rich se presentaba en un sitio arqueológico contaba ya con una cierta información sobre el mismo, reunida a partir de sus lecturas y de las conversaciones habidas en su círculo de amigos e informadores de Bagdad. Una vez en el sitio – probablemente, ni siquiera iba a ciegas cuando emprendió expediciones por regiones poco conocidas, como el Kurdistán –, su método de trabajo de campo implicaba el levantamiento de planos con instrumentos – al menos en los más importantes – o esbozos de situación, la conversación con los habitantes del área para recabar información sobre la toponimia o las leyendas ligadas al sitio, la exploración personal, a caballo y a pie, del conjunto del yacimiento, tomando medidas en su caso, recogiendo material de superficie significativo y trazando bocetos (Figs. 6 y 8) de lugares especialmente significativos. A veces en fin, la visita se completaba con alguna excavación y, en todo caso, la labor de campo tenía un corolario obligado: la interpretación razonada de los datos y su publicación en revistas o monografías.

Los planos “topográficos” de Babilonia (Fig. 7) y Nínive (Fig. 10), levantados por orden y con el concurso de Cl. J. Rich, son los primeros de la historia de la Arqueología de Oriente, y responden a la necesidad que Cl. J. Rich sentía de aprehender la superficie potencialmente arqueológica, así como la relación de los distintos rincones con el conjunto del yacimiento. Para el primer plano, la presencia de un tal Moore – “más que experto con los aparatos de observación y nivelación”<sup>67</sup> – y el capitán Abraham Lockett debió ser decisiva por la extensión del sitio y su complejidad, aunque el trabajo se hizo siguiendo las observaciones del propio Cl. J. Rich<sup>68</sup>, cuya buena formación matemática hubo de prestar también su servicio. El plano y los comentarios de Cl. J. Rich evidencian que fue el primero en comprender la relación de los distintos terraplenes con los restos de las antiguas fortificaciones del lugar; que notó no sólo el carácter palatino del Kasr (K) – asociando la toponimia, el decir popular y la evidencia de superficie – sino también el de la inmediata colina situada al norte del Kasr (D); y que fue el primero en percibir – aunque errando en su interpretación –, la regularidad manifiesta de la cuadrangular altura artificial de Mujelibè – la que R. Kodewey llamaría “palacio de verano” –, y su relación con el terraplén que delimitaba la ciudad. En lo que respecta al segundo de sus grandes planos, el de Nínive, nos encontramos con un trabajo de mayor calidad aún (Fig. 10). Intervinieron en el mismo, según parece, el propio Cl. J. Rich<sup>69</sup>, un griego con el que coincidiera en Mosul, llamado capitán Kefala y varios

<sup>65</sup> H. McCall.- “Rediscovery and Aftermath”, en S. Dalley (ed.).- *The Legacy of Mesopotamia*. Oxford University Press, Oxford 1998, 183-213. Vid. 192.

<sup>66</sup> E. Grand-Aymerich.- *Naissance de l'Archéologie moderne, 1798-1945*. CNRS Éditions, Paris 1998, 82-83. Es significativo que esta especialista moderna de la historia de la arqueología incluya las actividades de Cl. J. Rich en un apartado “técnico” – topografía y arqueología de campo –, que abre P. J. Beauchamp y continúa Cl. J. Rich., insistiendo en los considerables progresos que se le deben.

<sup>67</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 99.

<sup>68</sup> S. Lloyd.- op. cit. (1980), 41.

<sup>69</sup> Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), vol. II, 58.

miembros de su séquito<sup>70</sup>. El plano reconoce con claridad el trazado del terraplén – testigo de sus murallas –, los espacios de las puertas y la especial significación de las colinas de Kuyunyik y Nabi Yunus. Treinta y dos años después, el plano levantado por Felix Jones no significaría cambio substancial alguno en la topografía del yacimiento.

Curiosas manifestaciones tempranas de la documentación por la imagen me parecen también los dibujos, que a modo de instantáneas, realizó para “retratar” el aspecto y estado de los sectores que le parecían más significativos, como el Kasr o la plataforma artificial de Babil (Figs. 6 y 8). Lo más curioso es, en mi opinión, que se le ocurriera introducir algunas figuritas que sirven como referencia – ¿casual? – de la escala. Esas ilustraciones vienen a ser como las “fotografías” de una prospección.

Pero además de comprender la información que los planos topográficos proporcionan y entender el valor de la imagen, Cl. J. Rich, como cualquier arqueólogo en el curso de una prospección, estaba atento a la naturaleza de las ruinas visibles, recogía colecciones de objetos de superficie y se informaba de la toponimia, hablando con las gentes del lugar. En las ruinas situadas al norte de Hilla, los árabes llamaban Kasr (K) (Fig. 7) a una de las mayores colinas del sitio, en la que la importancia de los muros visibles y los fragmentos de ladrillo vidriado, esculturas y cerámicas ayudaban a imaginar sin duda la legendaria presencia, siglos atrás, del palacio de Nabucodonosor. La mayor parte de los viajeros anteriores, tuvieran o no un criterio propio, aceptaban la información de los naturales: pero Cl. J. Rich, además, estaba en condiciones de razonarla, comprendiendo tanto el posible carácter real de la ruina del Kasr – atendiendo a la toponimia y las fuentes – como la verdadera antigüedad e importancia de sus muros, y esto sólo gracias a su sorprendente intuición<sup>71</sup>. Su perspicacia, verdaderamente arqueológica, se manifestaba con facilidad: durante la inspección de Nínive (Fig. 11), Cl. J. Rich notó en Kuyunyik la orientación y categoría de los muros antiguos visibles, suelos, pavimentos y cerámica; y también en Navi Yunus – donde según él se registraban las curiosidades más llamativas – sellos cilíndricos, ladrillos con inscripciones y fragmentos de relieves en un sitio que decía haber proporcionado un gran relieve con hombres y animales, y en otros sitios muros, losas y grandes piedras que debían pertenecer a palacios y edificios cuya estructura, en su opinión, debía prolongarse en el corazón de la colina<sup>72</sup>. Mucho antes, en Babilonia, por fuerza llama la atención su temprana e impecable argumentación sobre el valor cronológico que la disposición de los ladrillos con inscripción cuneiforme vista prestaba a los muros de la colina palatina, con independencia de su sorprendente – a veces – estado de conservación<sup>73</sup>. A la postre, lo que percibimos en él son las virtudes propias de un arqueólogo, también sugeridas por su capacidad para fijarse en los elementos más indicativos y su rigor en la toma de datos, hace tiempo destacada por A. Parrot, quien señalaba la seguridad de Cl. J. Rich en el análisis de las medidas, estructura y técnica de construcción de la zigurat de Aqar Quf, o la precisión descriptiva de los elementos de construcción recabados en Birs Nimrud<sup>74</sup>.

Tal sutil capacidad, manifestada reiteradamente en sus exploraciones de las ruinas mesopotámicas, se verifica también en sus observaciones sobre el material de superficie. Como prospector de numerosísimos yacimientos, Cl. J. Rich recogió abundantes materiales en la mayor parte de los sitios visitados. Ciertas piezas destacadas – el “Cilindro Bellino” o la “Estela de Nabónido” – pasarían de su colección

<sup>70</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 285.

<sup>71</sup> C. J. Rich.- op. cit. (1818. 2), 28.

<sup>72</sup> Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), vol. II, 37, 39 y 41.

<sup>73</sup> Cl. J. Rich.- op. it. (1818.2) 28.

<sup>74</sup> A. Parrot.- op. cit. (1949), 15.

personal a la del Museo Británico<sup>75</sup>, ejerciendo luego un papel importante en la historia de la arqueología. Resultado de elementales sondeos de prueba algunas, muchas más procedían de la misma superficie, pues es manifiesto que tenía, como suele decirse, “un buen ojo”. Y lo más interesante para nosotros, siempre denotó una llamativa capacidad de atención y una natural facilidad de asociación y deducción. En sus escritos, Cl. J. Rich recoge menciones a la gran cantidad de fragmentos de cerámica u otros objetos visibles en superficie, como en Nínive y sitios próximos<sup>76</sup>; y en muchas ocasiones, como en Kifri, sabía de inmediato relacionar la cerámica recogida con otra antes hallada en Seleucia y Babilonia<sup>77</sup> u otros sitios.

En resumen, aunque llegara a ello de una forma puramente intuitiva, no por ello es menos evidente que Cl. J. Rich desarrolló su labor de acuerdo con un orden metodológico de raíz “arqueológica”, que implicaba la documentación del sitio, la inspección personal, la recogida selectiva de material de superficie, la toma de medidas de estructuras visibles y su descripción, y el levantamiento de planos o dibujos en su caso. Puede que si la fortuna y el tiempo lo hubieran querido, acaso habría terminado por ocurrírsele llevar a cabo en Kuyunyik, lo que tiempo después haría A.H. Layard. Pero no hubo lugar. En el fondo, es como si Claudius James hubiera asumido la primera y dura labor de la prospección, dejando a sus continuadores – acaso sin llegar a barruntar las verdaderas posibilidades de sitios como Babilonia<sup>78</sup> – la más brillante y llamativa tarea de la excavación. Pero creo que sin pecar de exageración, tanto con Rich como con sus continuadores nos hallamos ante fases metodológicas distintas de la primera arqueología de Oriente.

## 2. 2. LA OBRA DE CL. J. RICH Y SU INFLUENCIA EN LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA DE ORIENTE

Aunque lo hiciera detrás de P. J. Beauchamp en el tiempo, parece justo decir que por la mayor hondura y amplitud de su obra, Cl. J. Rich fue el primero en publicar con detalle los resultados de un trabajo de campo. Los materiales reunidos, los dibujos y planos, las notas y los informes recabados, ordenados luego y relacionados con las referencias disponibles y las fuentes antiguas aplicables, terminarían resultando en varios artículos y libros que conforman la primera obra consecuente de la literatura arqueológica en Oriente. A. Parrot decía que incluso hoy, la lectura de los libros de Cl. J. Rich constituye “una preciosa fuente documental”<sup>79</sup>, dada la calidad de sus datos y su metódica expresión. Pero ya en su tiempo, a pesar de la distancia geográfica existente entre el mismo Cl. J. Rich y sus potenciales lectores y críticos, sus obras fueron pronto apreciadas por el mundo científico y cultural. A largo plazo incluso, su obra iba a ejercer un decisivo influjo en el redescubrimiento de Oriente.

Claudius James comenzó publicando artículos diversos sobre su colección de manuscritos, junto a traducciones de literatura turca<sup>80</sup>, en la prestigiosa revista vienesa *Les Mines de l'Orient/Fundgruben des Orients*. Quizás por ello en 1813, la eligió para dar a conocer los primeros resultados habidos en su exploración de Babilonia<sup>81</sup>. Dicho

<sup>75</sup> M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 21.

<sup>76</sup> Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), vol. II, 38 y 59.

<sup>77</sup> Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), vol. I, 16.

<sup>78</sup> H. McCall.- op. cit. (1998), 192: es lo que se desprende de la melancólica reflexión de Rich transcrita por H. McCall.

<sup>79</sup> A. Parrot.- op. cit. (1949), 14.

<sup>80</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 115.

<sup>81</sup> C. J. Rich.- “Memoir on the Ruins of Babylon”, *Les Mines de l'Orient/Fundgruben des Orients*, III (1813), 129-162, 197-200.

primer trabajo, publicado pronto como libro en Inglaterra<sup>82</sup>, merecería tempranos elogios de la *Edinburgh Review*<sup>83</sup>, pero también los desacuerdos y críticas de estudiosos como el mayor Rennell, una autoridad entonces en la geografía de Oriente<sup>84</sup>, que en 1816 publicó sus comentarios en la revista *Archeologia*<sup>85</sup>. Con la intención de modificar si era preciso o demostrar más ampliamente sus propias ideas<sup>86</sup>, Cl. J. Rich emprendió con K. Bellino una nueva exploración de Babilonia en la primavera de 1817: fruto de ella sería su nueva memoria, en la que revalidaba anteriores conclusiones, aportando además nuevos apéndices y grabados<sup>87</sup>. Como más tarde escribiera su anónimo y temprano biógrafo, “estas memorias provocaron un grado de atención poco común en toda Europa, dado que proyectaban una nueva luz sobre un tema de tan alto interés para cualquier lector de la historia antigua o sagrada”<sup>88</sup>. No es por ello extraño, que su popularidad mereciera incluso el citado recuerdo de Byron.

A lo largo de aquellos años, Claudius James Rich siguió visitando numerosos yacimientos, recogiendo materiales y tomando notas precisas. Después de Babilonia, Birs Nimrud y Kiš – que recogió en sus primeras memorias –, Rich exploró entre otros muchos lugares Ctesifonte, Seleucia y Aqar Quf (1812-1813), Nimrud, Qalat Serqat, Hatra, Samarra (1816) y numerosos sitios del valle del Diyala (1820), que sin embargo no llegarían a plasmarse en libros. Incluso los soberbios resultados de su interesantísimo viaje al Kurdistán (1820-1821), con la detallada exploración de Nínive<sup>89</sup>, vería la luz años después de su muerte. Obra modélica de la literatura de viajes del siglo XIX, sus páginas habían de tener también un papel relevante en las primeras excavaciones arqueológicas.

La obra escrita, y el contacto directo con Claudius James Rich sirvió de provecho a muchos, tanto viajeros como estudiosos. Escribe A. Parrot, que el Residente británico ejerció sobre los primeros una decisiva influencia, pues bastantes de ellos “se beneficiaron visiblemente de los métodos de observación de su predecesor inmediato”<sup>90</sup>. Así, es evidente que las ideas de J. S. Buckingham – su huésped en 1816 –, pródigas en comentarios sobre las ruinas mesopotámicas, deben mucho a las obras de Cl. J. Rich y a las conversaciones que ambos mantuvieron en Bagdad, sin olvidar el importante detalle de que las visitas giradas a Aqar Quf, Babilonia y Birs Nimrud las hiciera guiado por K. Bellino<sup>91</sup>. También Robert Ker Porter, que llegó a Bagdad a finales de 1818, disfrutó de las ideas y la hospitalidad de Cl. J. Rich, y aprovechó igualmente la compañía y las

<sup>82</sup> Con varias ediciones a partir de 1815, incluyendo una el mismo año de edición de su segunda memoria: Cl. J. Rich.- *Memoir on the Ruins of Babylon*. Longman, London 1818.

<sup>83</sup> Anónimo.- “Brief Notice of the Life of Mr. Rich”, en Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXVI), xxvi.

<sup>84</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 252.

<sup>85</sup> Anónimo.- op. cit., en Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), xxvii. Según apunta el anónimo biógrafo de Cl. J. Rich, el artículo de Rennell se titulaba “Remarks on the Topography of Ancient Babylon, suggested by the recent Observations and Discoveries of Claudius James Rich, Esq.,”

<sup>86</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 252.

<sup>87</sup> El largo título que figuraba en su portada sugiere la intención básica de la nueva versión: *Second Memoir on Babylon: containing an inquiry into the correspondence between the ancient descriptions of Babylon and the remains still visible on the site. Suggested by the “Remarks” of Major Rennel published in the *Archaeologia*. by Claudius James Rich, Longman, London 1818.*

<sup>88</sup> Anónimo.- op. cit., en Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), xxvii.

<sup>89</sup> Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI), vol. II, capítulos XIII y XIV, 29-65. Las páginas son muy minuciosas y revelan numerosas intuiciones, propias de una mente “arqueológica”, sobre suelos, cimentaciones o estructuras.

<sup>90</sup> A. Parrot.- op. cit. (1949), 15.

<sup>91</sup> J. S. Buckingham.- *Travels in Mesopotamia including a Journey from Aleppo to Bagdad by the Route of Beer, Orfah, Diarbekir and Mossoul, with Researches on the Ruins of Nineveh, Babylon and other Cities*. Henry Colburn, London 1827, 2 vols: C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 247-250: A. Parrot.- op. cit. (1946), 25-27.

observaciones de K. Bellino en sus visitas a Aqar Quf, Babilonia y Borsippa<sup>92</sup>, lugares todos de los que haría excelentes acuarelas, custodiadas hoy en la Biblioteca Británica. Pero sería en el campo más exigente de los descifres y el redescubrimiento arqueológico del Oriente antiguo, donde la vida y la obra de Cl. J. Rich recogiera el eco más profundo. Respecto a la filología, su actividad había de cumplir algún papel en los esfuerzos de G. F. Grotefend por avanzar en nuevos desciframientos. Sabido es que Cl. J. Rich y K. Bellino mantuvieron estrechos contactos con el sabio de Göttingen<sup>93</sup>, y que le remitieron diferentes copias de inscripciones cuneiformes, alguna por él publicada en los *Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften* de Göttingen, como el célebre “Cilindro Bellino”, un cilindro prismático de arcilla con larga inscripción de Senaquerib. Encontrado por Cl. J. Rich en la colina de Kuyunyik de Nínive, su densa escritura fue la primera inscripción manual – no fruto original de estampillado mecánico ni de talla monumental –, que sería meritoria y laboriosamente copiada por K. Bellino<sup>94</sup>. Y en fin, en lo relativo a la arqueología, si convenimos que Cl. J. Rich llevó a cabo la primera etapa de una metodología y práctica naciente, aceptaremos también que su vida, sus colecciones y sus obras tenían por fuerza que despertar, en británicos y franceses, la pasión por excavar. A lo largo de su estancia en Iraq, Claudius fue reuniendo una amplia colección de antigüedades, integrada por monedas, manuscritos y objetos hallados en distintos yacimientos<sup>95</sup>, que el Museo Británico adquiriría a su viuda el 3 de mayo de 1825<sup>96</sup>. La colección comprendía, entre otros objetos, 4 cilindros inscritos – entre ellos, uno de Nabucodonosor hallado en Babilonia y el famoso “Bellino” de Senaquerib, procedente de Nínive –, 32 tablillas de arcilla, un *kudurru* y otras piezas interesantes<sup>97</sup>, como la estela de Nabónido. Una selección de esta primera colección mesopotámica, expuesta al público en una vitrina del museo londinense, despertaría las ilusiones de los descubridores de Asiria. A comienzos de la década de los cuarenta, Jules Mohl, secretario de la Sociedad Asiática francesa, contempló allí admirado la colección de Rich<sup>98</sup>. La impresión que le produjo acentuó el interés que la lectura del viaje de Cl. J. Rich al Kurdistán y su descripción de Nínive le había suscitado, y despertando el anhelo de excavar allí<sup>99</sup>, concibió la idea de que Francia continuara el camino que aquél emprendiera<sup>100</sup>. La decisión francesa de abrirse camino político y comercial en Oriente llegaría en tan justo momento, y Jules Mohl, que gozaba de una gran influencia en el mundo científico francés<sup>101</sup>, apoyó calurosamente la apertura de un consulado francés en Mosul y la provisión del mismo en la persona de Paul-Emile Botta<sup>102</sup>. A finales de 1842 comenzaba éste a excavar en las colinas de Nabi Yunus y Kuyunyik, con tan escaso fruto que empezó a dudar de los datos transmitidos

<sup>92</sup> R. K. Porter.- *Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylonia ... during the years 1817-1820*. London, 1821-1822, 2 vols.: C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 258; A. Parrot.- op. cit. (1946), 27-28.

<sup>93</sup> G. Sievernich, H. Budde (eds.).- *Europa und der Orient, 800-1900*. Bertelsmann Lexikon Verlag, Gütersloh/München 1989, 498.

<sup>94</sup> G. Sievernich, H. Budde (eds.).- op. cit. (1989), 482.

<sup>95</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 81.

<sup>96</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 324; M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 9.

<sup>97</sup> A. Parrot.- op. cit. (1946), 25.

<sup>98</sup> A. Parrot.- op. cit. (1946), 37.

<sup>99</sup> M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 9.

<sup>100</sup> M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 21.

<sup>101</sup> M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 21.

<sup>102</sup> G. Bergamini.- <*Spolis Orientis onustus*>. Paul-Emile Botta et la découverte de la civilisation assyrienne, en E. Fontan (dir.).- *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*. Réunion des Musées Nationaux, Paris 1994, 68-85. Vid. 74.

por Cl. J. Rich<sup>103</sup>, cuyas obras, obviamente, conocía bien y acaso llevaba consigo. Pero el 20 de marzo de 1843, “a los primeros golpes de pico, los relieves monumentales del palacio de Sargón salieron a la luz”<sup>104</sup> Poco después, en la sesión de la Academia de Inscripciones francesa de 7 de julio del mismo año, J. Mohl leía la carta de P-E. Botta, en la que informaba “ser el primero en haber descubierto esculturas que en rigor, pueden remontarse a la época en la que Nínive existió floreciente”<sup>105</sup>. Todo un símbolo de que la arqueología oriental, iniciada con las prospecciones de Rich, se había hecho por fin realidad.

Como sucediera en el caso francés, con J. Mohl y P-E. Botta, la sombra de Rich estuvo detrás de la primera aventura inglesa. También A. H. Layard había visto la colección expuesta en el Museo Británico<sup>106</sup>, y sin duda llegaría a conocer al dedillo las obras de su compatriota. De hecho, A. H. Layard iba a excavar en los sitios que C. J. Rich había antes visitado, prospectado y descrito. En Nínive llegaría incluso a buscar a aquellos árabes que aún recordaran a Rich y los rincones en los que aquél descubriera inscripciones y relieves<sup>107</sup>. Pero antes, en el Nimrud ya visitado en 1816 por su antecesor<sup>108</sup>, el 28 de noviembre de 1845 A. H. Layard encontró los primeros relieves asirios, impresionantes testimonios que en Londres iban pronto a oscurecer la pequeña colección de Cl. J. Rich<sup>109</sup>.

El círculo se había cerrado. La arqueología de Oriente iba a desarrollarse vertiginosa. Y entonces, al igual que ocurriera con los objetos de su pequeña vitrina, la imagen y el papel de Cl. J. Rich comenzaría a ignorarse. Pero hoy resulta evidente que él fue el iniciador, y que la perspicacia e intuición de su método, lo atinado de sus comentarios y la calidad de sus dibujos y planos están en la base de las grandes misiones del siglo XIX y de la práctica arqueológica en Oriente.

### 3. EPÍLOGO

Escribe Constance M. Alexander que Mary Rich, fiel a la memoria de su esposo, pronunciaba raramente el nombre de Claudius, salvo con su sobrino preferido – el abuelo de Constance – y los hijos de éste, únicos admitidos al relato de sus confidencias y verídicas historias<sup>110</sup>, que en su ancianidad devolvían a la vida las románticas cabalgadas y aventuras vividas por la joven pareja, muchos años atrás, en Bagdad, Babilonia, el Kurdistán, Nínive o las pistas inacabables que de allí llegaban a Istanbul. Aquel pequeño entorno familiar sería el último refugio del recuerdo, hasta que la sobrina bisnieta se propuso rescatar la memoria de Claudius James Rich. Para esa época, su tío bisabuelo yacía en el olvido. Incluso el tiempo había comenzado a roer la lápida que cubría su tumba. Cuando Constance publicó su libro, en la losa mandada grabar por el coronel J. Macdonald Kinneir comenzaban a perderse detalles, como la edad y algunas letras sueltas (Fig. 13). Pero el conjunto del texto original, que podía aún

<sup>103</sup> G. Bergamini.- op. cit. (1994), 75.

<sup>104</sup> G. Bergamini.- op. cit. (1994), 75.

<sup>105</sup> A. Parrot.- op. cit. (1946), 39.

<sup>106</sup> M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 9.

<sup>107</sup> A. H. Layard.- *Nineveh and its Remains*. Edited by H. W. F. Saggs. Routledge & Kegan Paul, London 1970, 138.

<sup>108</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 236-237; Cl. J. Rich.- op. cit. (MDCCCXXXVI) vol. II, 129-133. En la página 130 se incluye un dibujo abocetado del relieve de la colina principal, visto en la línea del horizonte; y en hoja separada dibujos de varios fragmentos de ladrillos (?) sólo con inscripciones cuneiformes.

<sup>109</sup> M. T. Larsen.- op. cit. (1996), 75.

<sup>110</sup> C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 323-324.



verse con claridad – y que completa así la copia que hiciera yo tiempo atrás (Fig. 14) –, decía así<sup>111</sup>:

Sacred to the me(m)ory of CLAUDIUS JAMES RICH ESQ.  
of the Bombay Civil S(e)rvice, many years Brit(is)h Resident at Ba(gd)ad,  
who departed this life at Širāz on the 5<sup>th</sup> Oct. 1821 aged (35) years,  
from whence his remains were removed by his affectionate friend  
Col. J. Macdonald Kinneir and reinterred here on the 17<sup>th</sup> July 1826

En aquella mañana de Yulfa, en la que nacieron muchas de las ideas que aquí se vierten, pude entender también que aunque el abandono y el tiempo sigan royendo las letras grabadas hasta borrarlas, la memoria de Cl. J. Rich, como la de sus continuadores y todos los maestros, seguirá prendida en sus obras, sus paisajes y nuestros recuerdos. Aunque al fin de todo sólo quede muda, y olvidada incluso, una tumba en Isfahan.

<sup>111</sup> Entre paréntesis completo las letras que faltan en la figura publicada por C. M. Alexander – evidentes sin duda – aunque ella transcriba el texto sin omisión alguna. C. M. Alexander.- op. cit. (1928), 322-323.

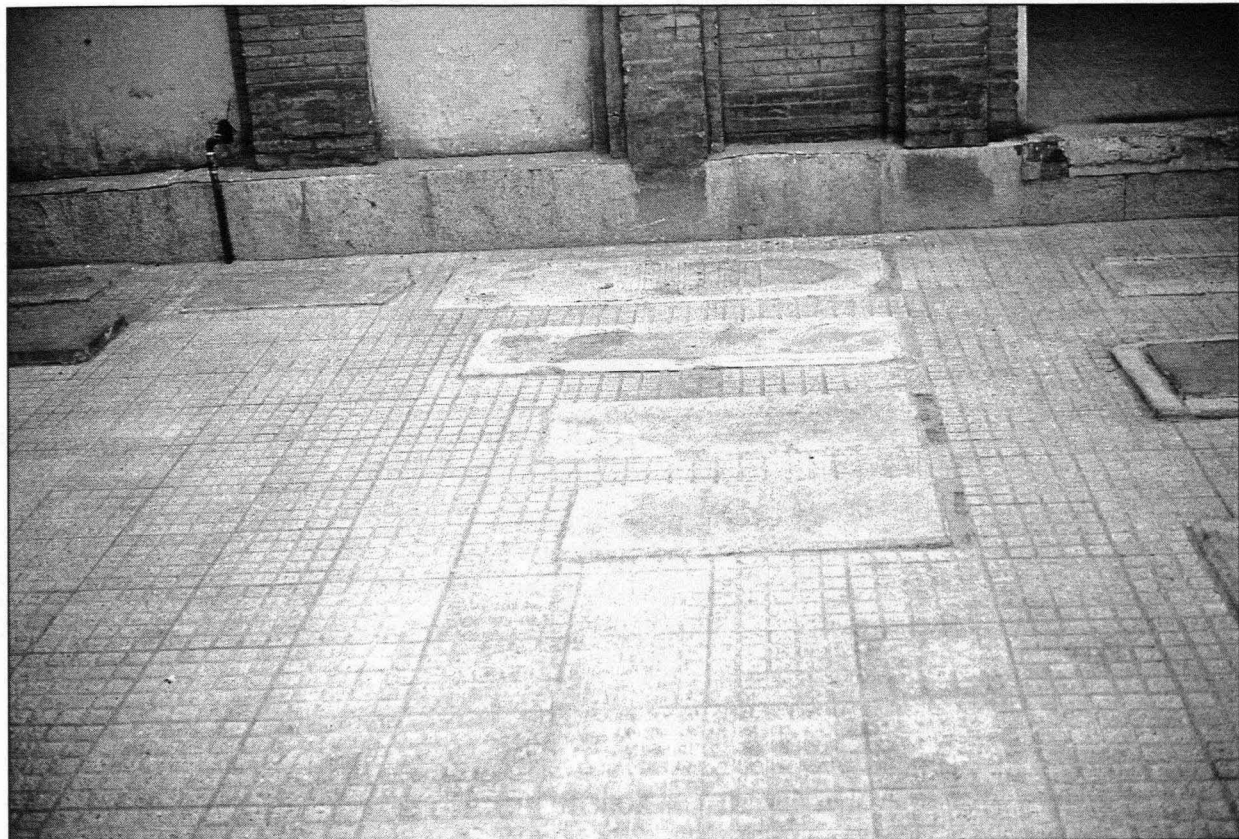


Fig. 1: Lápidas sepulcrales en el patio abierto ante la fachada de la catedral armenia de Yulfa. En la fila central, la tercera tumba a partir del primer término es la de Cl. J. Rich (foto del autor).



Fig. 2: Retrato de Claudius James Rich (1786-1821) depositado en el Museo Británico.



Fig. 3: Retrato de Mary Rich (1789-1876). Ilustración en C. M. Alexander (London, 1928, 22).

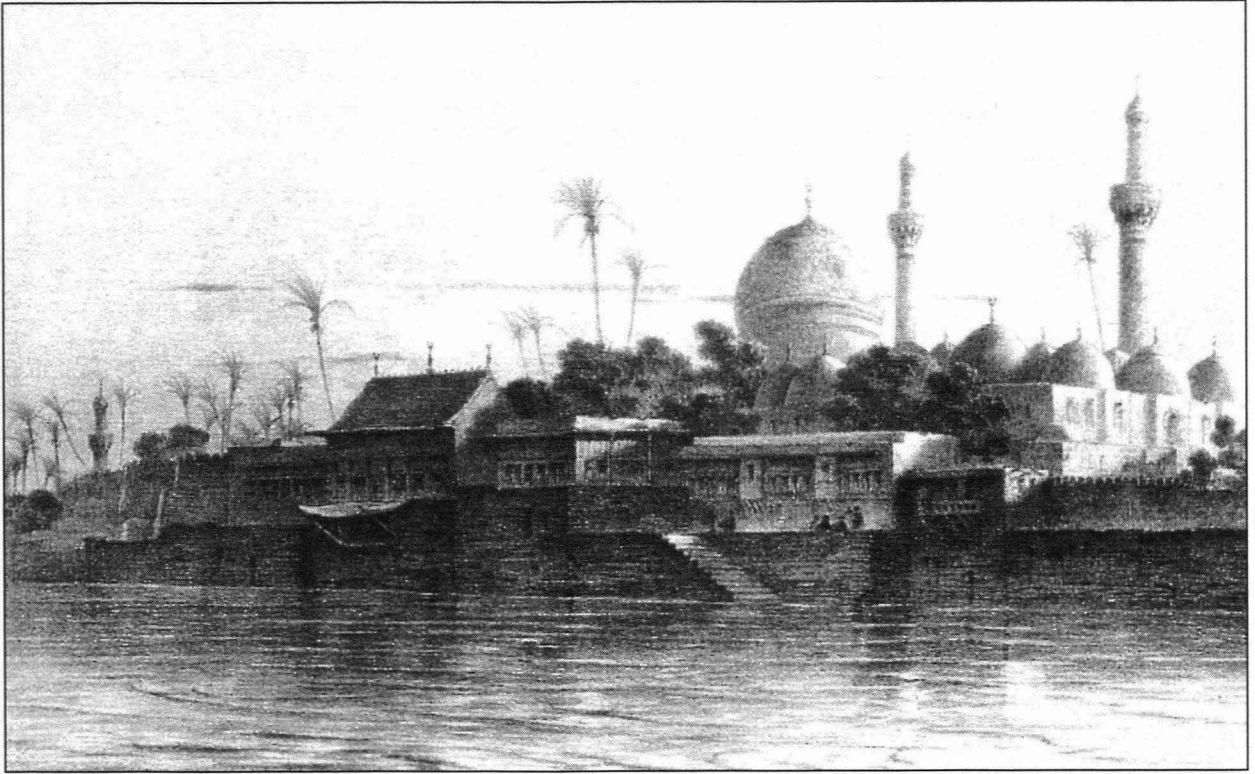


Fig. 4: Palacio del pachá turco en Bagdad, a orillas del Tigris, tal y como lo viera E. Flandin por los años cuarenta del siglo XIX (ilustración en E. Flandin, Paris 1853, lámina 41).

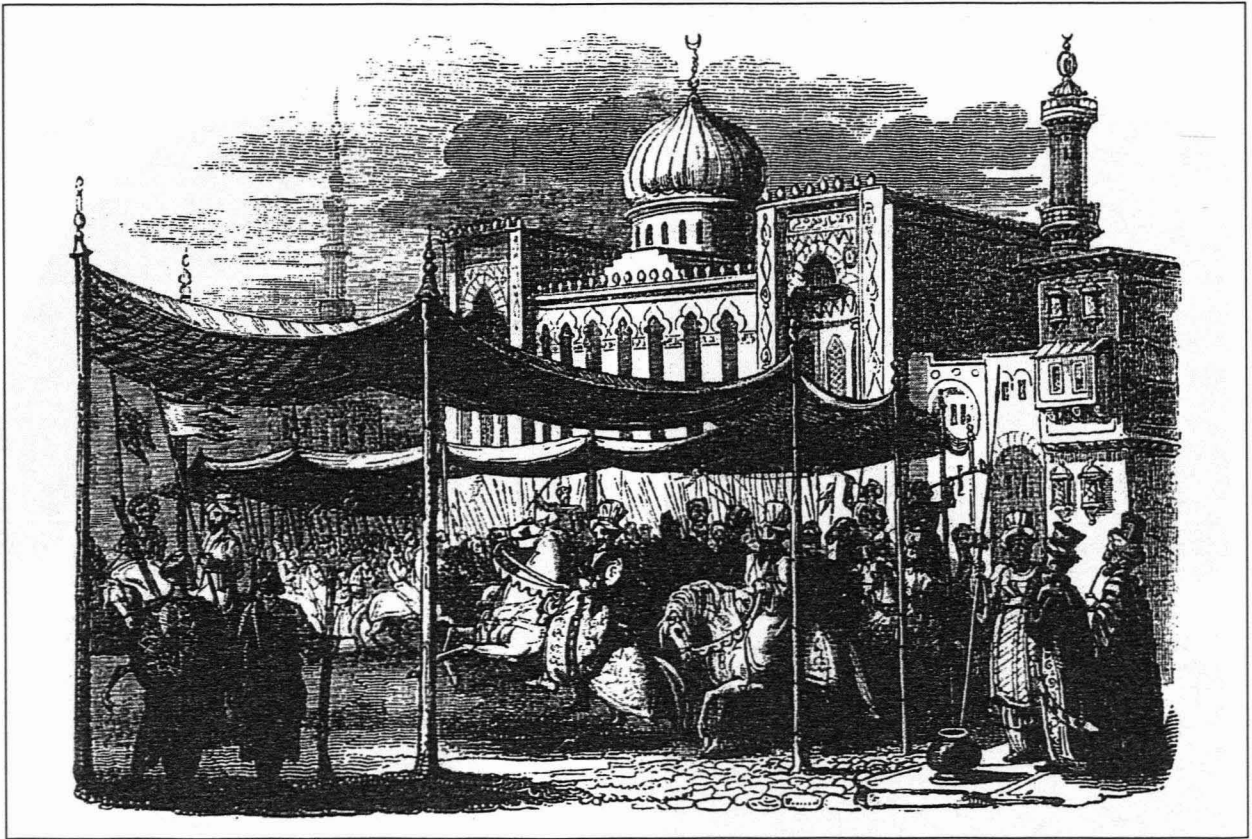


Fig. 5: El mismo edificio desde el lado opuesto, con la fachada que daba a la plaza abierta ante él. La imagen y el ambiente corresponden a la época de Cl. J. Rich, pues James Silk Buckingham lo evocaría así con ocasión de su estancia en Bagdad en 1816 (J. S. Buckingham, London 1827, II).

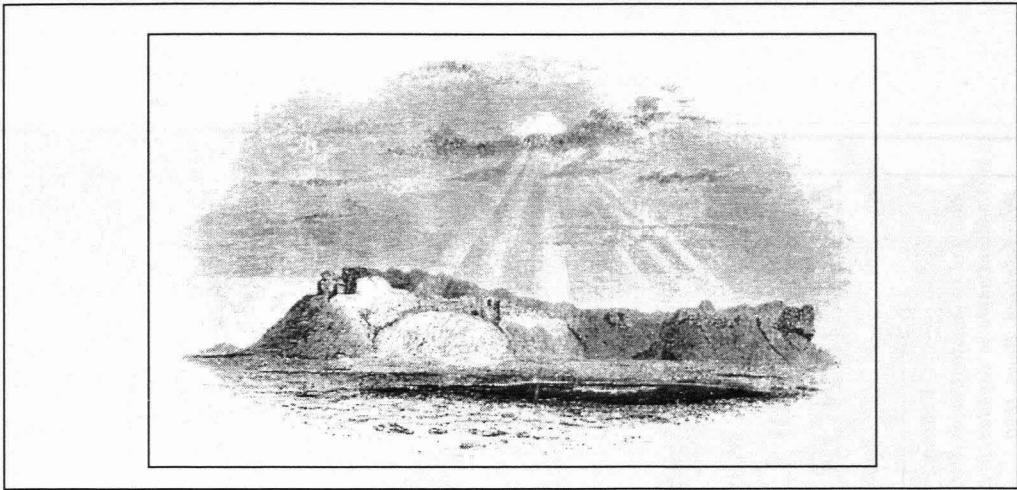


Fig. 6: Grabado hecho a partir de un dibujo de Cl. J. Rich sobre la colina de "Mujelibé", en el extremo norte del campo de ruinas de Babilonia (Cl. J. Rich, London 1838).

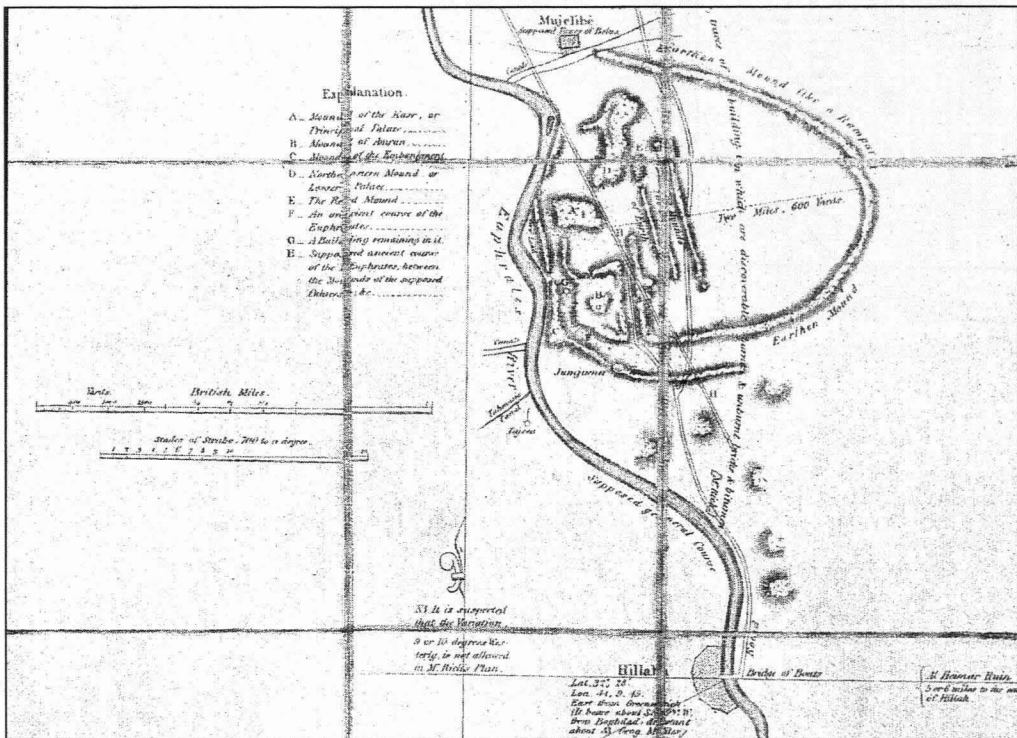


Fig. 7: Primer mapa "arqueológico" completo conocido del yacimiento de Babilonia. Se levantó siguiendo las observaciones hechas y los resultados obtenidos en la prospección que Cl. J. Rich realizara en 1811 (Cl. J. Rich, London 1838).

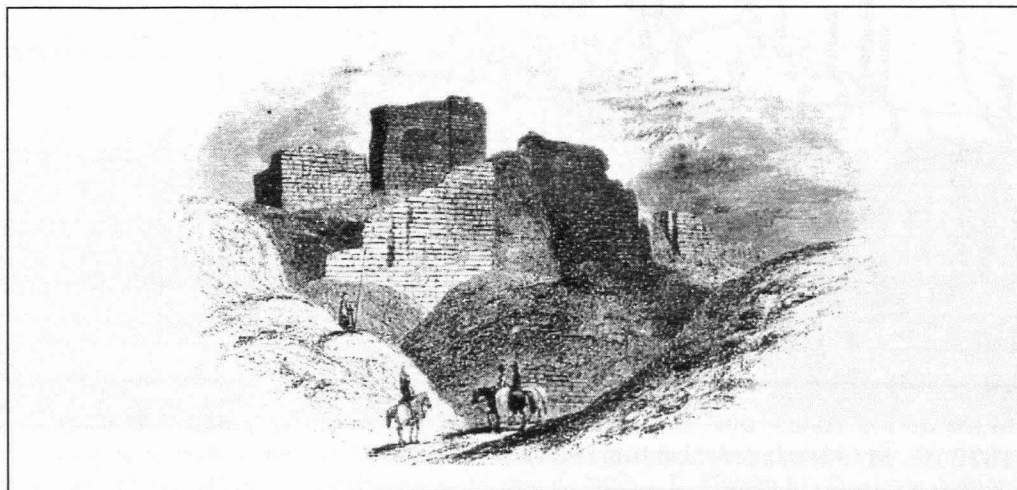


Fig. 8: Grabado correspondiente también a la edición de 1838. Representa las ruinas del Kasr, y se realizó igualmente a partir de un dibujo de Cl. J. Rich.

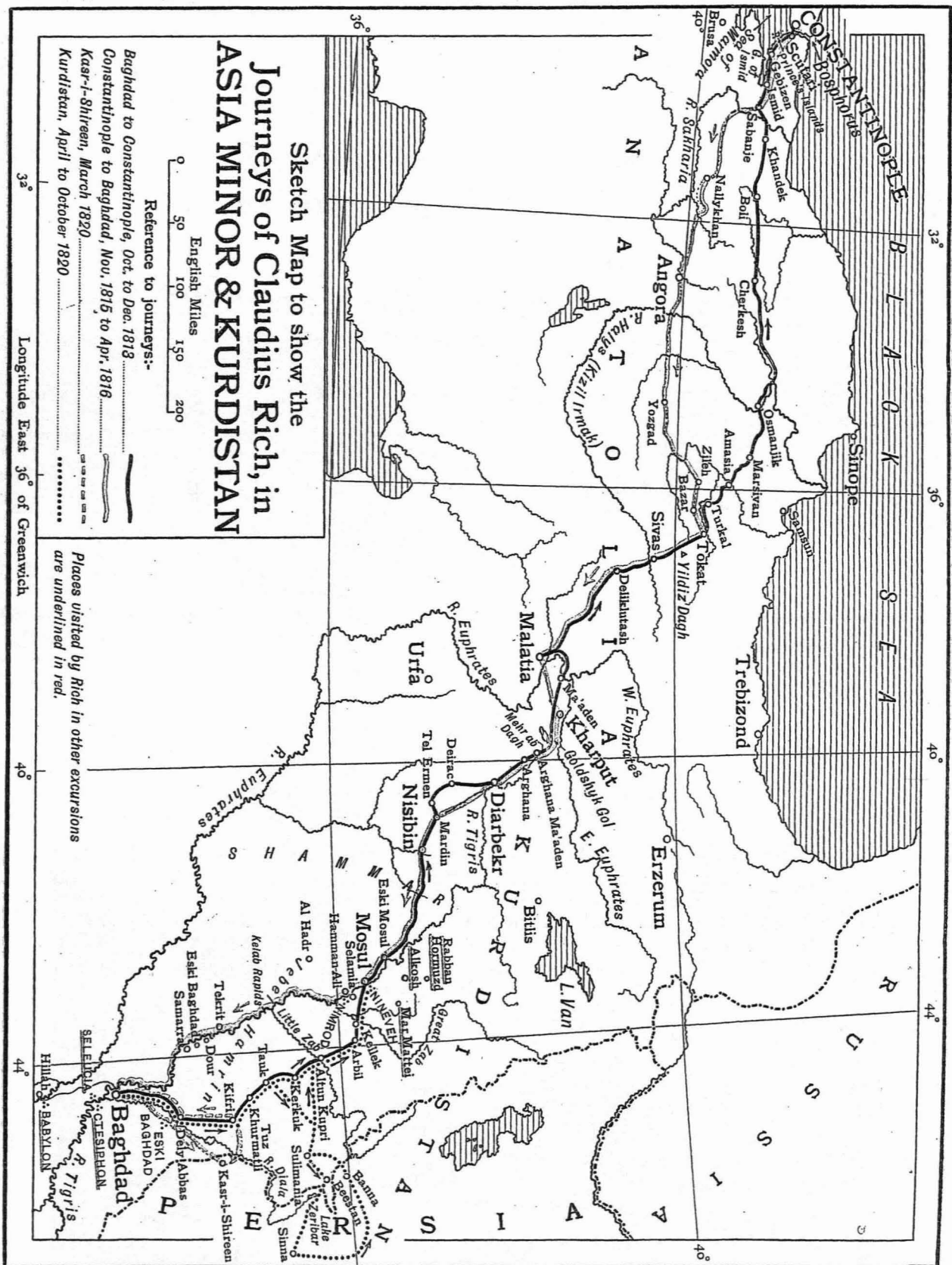


Fig. 9: Mapa de los viajes que Cl. J. Rich realizara por Anatolia y norte de Iraq entre los años 1813 y 1820 (C. M. Alexander, London 1928).

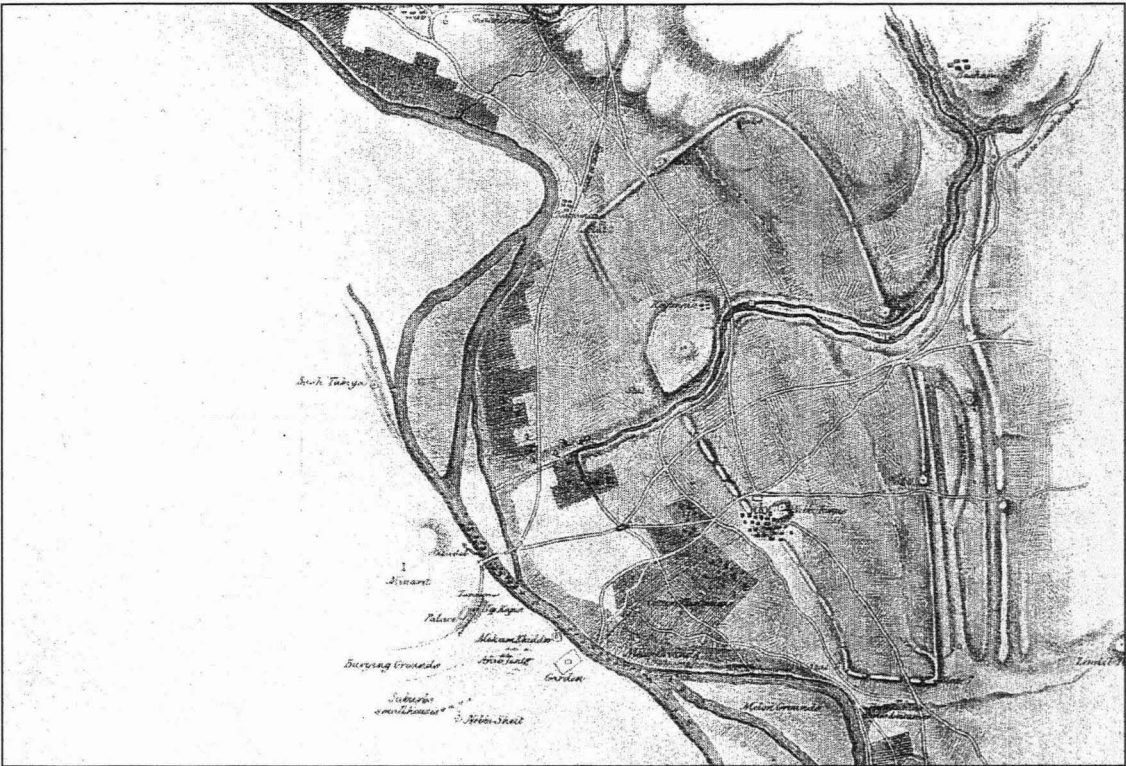


Fig. 10: Mapa del yacimiento arqueológico de Nínive, fruto de la prospección del sitio realizada en 1820 por Cl. J. Rich (Cl. J. Rich, London 1836, II, 29).



Fig. 11: La colina del Nabi Yunus, con la mezquita y tumba del profeta Jonás y el caserío circundante, era uno de los referentes topográficos más significativos del sitio de Nínive. E. Flandin lo vió así con ocasión de su estancia allí (E. Flandin, Paris 1853, lámina 35).

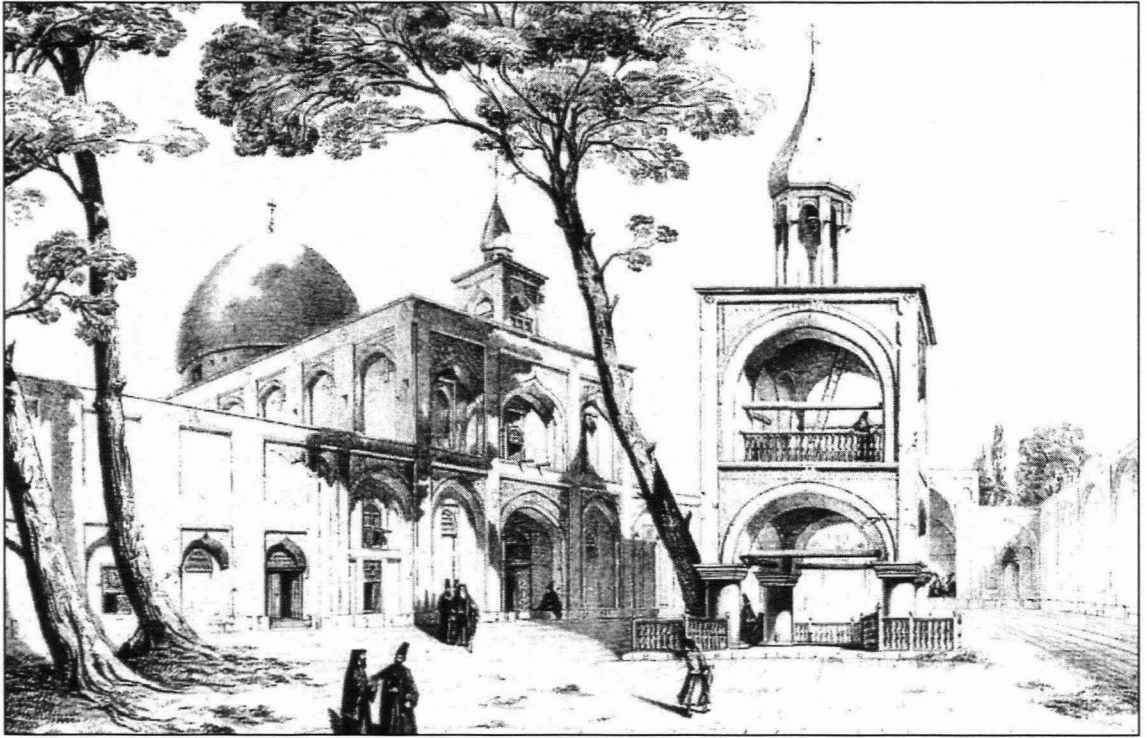


Fig. 12: E. Flandin dibujaría así el patio parcialmente delimitado por un muro y abierto ante la fachada de la catedral armenia de Yulfa, en Isfahán. Detrás del campanario que se ve en el centro, en la época del viajero y artista francés descansaban ya los restos de Cl. J. Rich (E. Flandin, P. Coste, Paris 1843-1854).

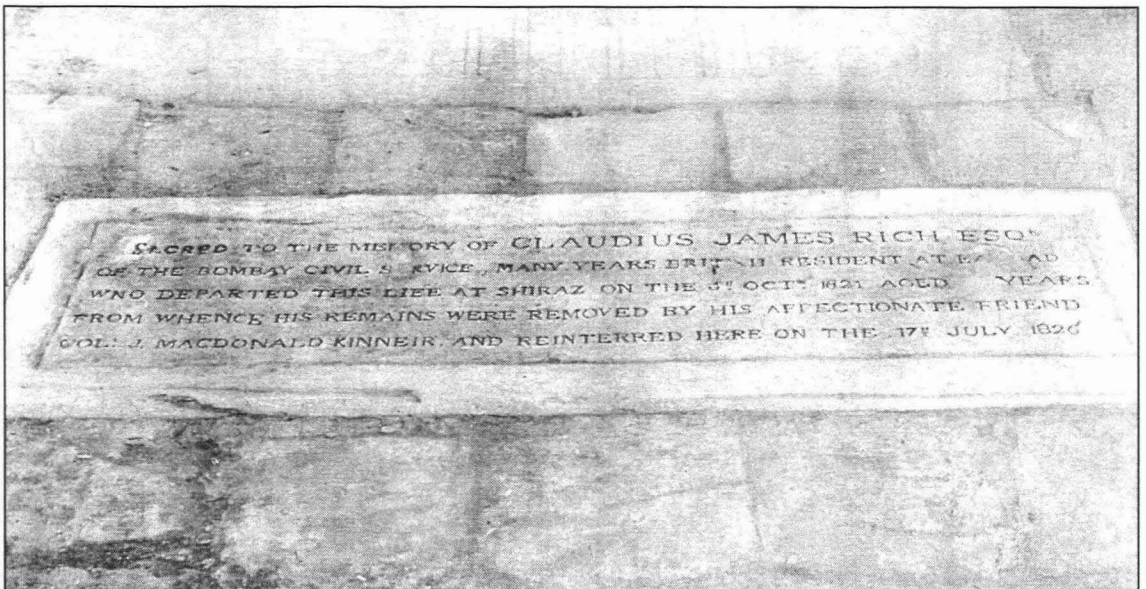


Fig. 13: Lápida e inscripción puesta sobre la sepultura de Cl. J. Rich, en 1826, por el coronel J. Macdonald Kinneir. El grabado presenta la inscripción en buen estado, y corresponde a la edición de Constanze M. Alexandre (London 1928, 322).



Fig. 14: Lapidaria sepulcral de Cl. J. Rich en el patio de la catedral de Yulfa. Tomada en febrero de 1991, la instantánea revela la pérdida progresiva del texto. La comparación de lo conservado con el original permite temer el olvido paulatino del contenido de la misma, e incluso la situación de la tumba de Cl. J. Rich (foto del autor).

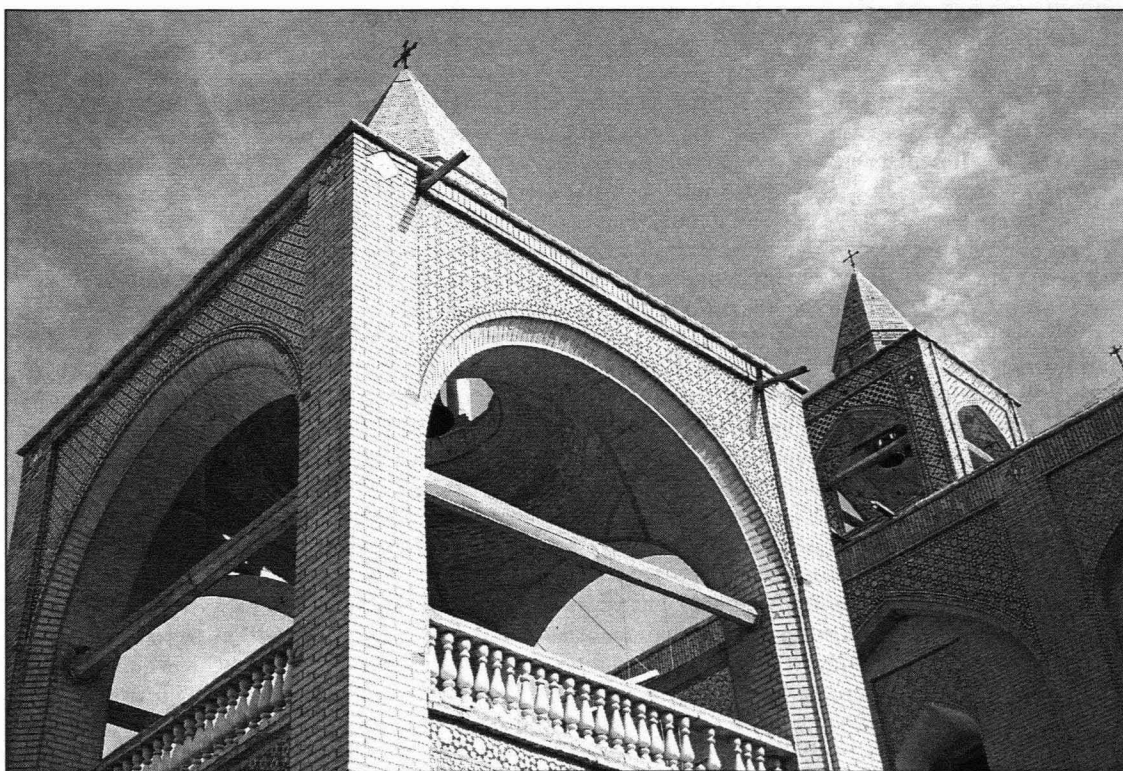


Fig. 15: Campanarios mayor y menor de la catedral de Yulfa, a cuya sombra descansan los restos de Claudius James Rich (foto del autor).